A IMAGEN

Y

SEMEJANZA

*Los poderes divinos están en ti*

Eliz González

*Carta al lector*

 Todos tenemos una historia que contar, única e irrepetible. No es mi pretensión dar cátedra sobre la vida, pues sólo soy experta en la mía que, además, sigue en proceso. Solamente anhelo con humildad que mi testimonio con- tribuya a impulsar en tu existencia los cambios que estás buscando y esperando; que comprendas que sobre cada pensamiento, emoción, palabra y acción que emanan de ti, se va diseñando tu vida, por lo que debes ser consciente y responsable de ellos.

Hasta hoy, tu vida es lo que has tenido en tu bagaje (creencias, cultura, etiquetas, paradigmas, etcétera), pero puede ser lo que tú decidas. Así que, aunque te narro experiencias personales, este libro en realidad se trata de ti.

En mi búsqueda por adquirir una filosofía propia con la que me sintiera plena y libre de ser quien soy, des- cubrí que mucho de lo que conocía sólo es un «cuento»; que la verdad sobre la existencia es una idea subjetiva que cada quien decide creer; pero sobre todo, entendí que mi vida estaba regida por la creencias de un consciente colectivo, compartidas por la historia de la humanidad, pero que yo tengo el poder de elegir de entre lo aprendido: qué es mío, qué es prestado y útil para ciertas etapas, qué es desechable, con qué me quedo y apropio; pues finalmente esta existencia la estoy viviendo yo y, con quien primero debo ser responsable y complaciente, es conmigo y con lo que verdaderamente elijo creer.

Después de haber sufrido consecuencias de creencias erróneas y limitantes, para mí ahora la vida es sólo un caminar dentro de un plano, una dimensión, una oportunidad de muchas; tengo la potencialidad de diseñarla y crearla vibrando con altos niveles de fe, amor y agradecimiento.

Fui educada en la fe católica, así que ante mis du- das y cavilaciones acudí principalmente al libro sagrado. Del análisis que hacía de las respuestas que buscaba, fui rompiendo mi cordón umbilical, cuestionando la literalidad de su contenido y la interpretación que se le ha dado, para dar paso a ideas que me parecen más esenciales y que conectan con mi ser; pero no todo fue romper: en la Biblia encontré la fuente de lo que se volvió mi filosofía de vida hasta hoy, pues está plagada de numerosos ejemplos en los que se da a la luz que los humanos, hijos de la divinidad, tenemos la naturaleza del Padre y, por lo tanto, compartimos sus potencialidades. Esto nadie nos lo dijo, en algún momento de la historia, alguien debió ocultarlo. La primera vez que leí un libro que conectó con mi intuición y mi corazón, y me hizo descubrir que no estoy loca y sola con mis ideas, fue *El juego de la vida y cómo jugarlo,* de Florence Scovel Shinn, a quien sin conocer, agradezco profundamente, pues me hizo recordar cómo, a pesar de no estar consciente de ello, la magia de esos poderes divinos se habían manifestado en mi vida en todo momento, entonces decidí investigar más y ejercerlos de manera consciente, y ésa es la invitación que te hago.

Si me dedicas tu voluntad de leerme de inicio a fin, irás confirmado cómo tu vida no ha estado en aras del destino ni sujeta a la buena o mala suerte, y si sientes que no has tenido la vida que anhelas, créeme: sólo es porque no lo has decidido así, porque no te has responsabilizado, porque te has justificado en factores externos y has deja- do de escuchar tu interior.

Pero eso puede cambiar. No requieres gran esfuerzo, sólo abrir tu mente a la posibilidad y dar paso a la reflexión, para que en tu interior encuentres las coincidencias con lo que aquí escribo y han escrito tantos autores y testigos de esta realidad. La sacudida puede ser dura, pero mira: si te permites la reconexión con tu ser esencial y logras vibrar en la intención de transformación (voluntad más fe) y en el agradecimiento, ya puedes ir eligiendo con qué te quedas de tu actual vida y decidir de entre todas las abundantes posibilidades, qué sigue para ti. No te invito a que te transformes a ti mismo, sino a que vuelvas a quien realmente eres, sólo así alcanzarás la vida que te corresponde.

Introducción

*Los poderes divinos están en ti, crea la vida que anhelas*

Cuando era niña solía pensar que el mundo era mío, sin fronteras ni limitaciones, que tenía derecho a conocer todos los países, a las personas de todas las naciones, y todas las bellezas naturales y las maravillosas creaciones del hombre; porque yo soy hija de Dios y de la madre Tierra y todo había sido hecho para mí. Tengo el presentimiento de que llegó el momento en el que ese pensamiento se manifieste.

Soy Elizabeth, tengo mi nombre favorito. Una vez, en medio de una de las mayores tormentas de mi vida, declaré: «¡soy libre, feliz y poderosa!»; lo grité y lo lloré. Apenas emprendía el camino a mi sanación y ésa es mi esencia, pero por segunda vez volvía a encontrarme muy lejos de ella. Voy a narrarte por qué estoy aquí y las luces que he recibido en el camino que he recorrido, en ésta, la hermosa oportunidad que he tenido de vivir; luces que me hicieron entender que, cuando era niña, conocía mucho de mí y lo fui olvidando; luces que me ayudaron a

reconstruirme.

Sólo soy una persona, igual que tú, por eso creo que puedo abrirte mi corazón y lo podrás entender, quizá en esta confianza compartida, mi experiencia te ayude también a recordarte quién eres en realidad.

Era el año 2013, en aquella ciudad de costa en la que crecí, una noche calurosa de verano; manejaba a 40 kilómetros por hora con miedo de que la gasolina no me alcanzara para llegar a casa; mis niños venían dormidos; tenían casi seis y cuatro años, y un bebecito de no más de seis meses. Mientras manejaba en la oscuridad de ese atajo paralelo al arroyo, mi corazón estaba muy acelera- do; muchos pensamientos invadían mi mente. Venía de cenar nuevamente en casa de mis padres, ocultándoles que no tenía qué comer; está vez le había mentido a mi papá diciendo que sí tenía combustible, pues moría de tristeza de pedirle una vez más.

Recordé cuando, 13 años atrás, alcé mi mano para extender al cielo y en honor de ellos mi título universitario; ¡*wow*! todavía recuerdo esas imágenes y mi sentir, estaba tocando la felicidad; habían sido cinco años de esfuerzos por conservar una beca de 90% en una excelente universidad privada de mi país, beca que yo me había generado por medio de Francis, un ángel que Dios puso en mi camino. Fueron años de vivir lejos de casa, de tener en mente no defraudar a mis amados padres: mención honorífica, tercer lugar en la generación… Vivía un sueño.

Ese pensamiento hizo el choque de sentimientos que me faltaba para estallar en llanto como una niña, ¡me sentía tan perdida! Ya era madre, uno de los mayores anhelos de mi vida, pero no podía dar a mis hijos la vida de risas y alegría que siempre soñé; no tenía el entusiasmo que se requiere para irradiar la luz que los hijos replican de sus padres. ¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Alguna vez has estado en una situación tan dura que no puedes hilar los acontecimientos ni tus decisiones para entender por qué estás ahí?

Aún no llegaba a casa cuando un amigo me marcó, tenía mucho que no sabía de él, no era tan cercano a mí y yo no estaba en condiciones de sostener ninguna conversación; pero recordé esa narración de un hombre que se ahogaba en medio del mar y pedía ayuda a Dios, y cuan- do llegaban a su rescate, él decía: «no subiré a tu barco, yo estoy con fe pidiendo a Dios que me rescate y lo hará», y así rechazó la ayuda en varias ocasiones, sin notar que Dios le estaba poniendo los medios para salvarlo. Así que contesté el celular y en cuanto me preguntó «¿cómo estás?», enmudecí. Reiteró: «no estás bien, ¿verdad?», y lloré sin contención.

Llegué a casa, él me alcanzó ahí. Tomé a cada uno de mis pequeños en brazos y, dormidos, los llevé a mi habitación, mientras Édgar –ése es su nombre– se llevó mi coche, le puso gasolina y regresó con leche y pañales para mi bebé. ¿Por qué todo esto? ¿Qué generó que a mis 36 años, con licenciatura en Derecho, especialidad en Impuestos; siempre enfocada, impetuosa, llena de alegría, hija de una familia unida, niña de infancia feliz y de férrea fe en Dios y en la vida, me encontrara destrozada por un matrimonio doloroso con una separación tan llena de miedo, des- amparo y asombro? «¿Por qué, Padre?», solía preguntarle a Dios. «¡Dime qué quieres enseñarme! No reniego de lo que estoy viviendo, confío en ti sin la menor duda, está bien esto para mí si así lo estás eligiendo, pero ayúdame a entender para qué, que no cierre mis sentidos a tu in- mensa sabiduría, ¡déjame ver tu mensaje aquí!»

Te he narrado uno de los oscuros momentos en los que me encontré, sólo uno. Debo contarte cómo estuve inmersa y bajo la influencia de ideas erróneas y miedos, unos propios, otros ajenos, tan fuertes que me hicieron soportar violencia física, psicológica, económica; casar- me en contra de mi voluntad estando en pleno siglo xxi, teniendo preparación académica… ¡Con qué fuerza tan- tos factores externos a nosotros pueden golpear nuestro interior! A ese punto, yo ya me había enojado con la vida, ya le había reclamado a Dios, ya había agotado mis ganas de pelear, de confrontar, de exigir respuestas; no tenía ya el ego entre mi lucha; había tocado la humildad de sentir que sólo algo superior a mí podría sacarme de donde estaba.

Mi búsqueda de la salida a esa circunstancia que, merecida o no, no quería, me llevó a un hermoso camino en el que aún estoy, confirmando, descubriendo y reafirmando que dentro de mí, como de toda la humanidad, existe el mágico poder de diseñar la vida que anhelamos, pues todos somos y hemos sido creados a su imagen y semejanza.

Ahora, después de luchas con éxitos y fracasos, caídas y levantadas múltiples, estoy aquí, escribiéndote, cumpliendo el mayor anhelo de mi vida; con una vida en paz, a cargo de mis tres adorados hijos, ejerciendo mi profesión como abogada, preparándome para ser conferenciante, a cargo de un negocio de *spa* que inicié sin un solo peso, pero con mucha fe e ilusión de tener los ingresos residuales que me permitieran criar a mis hijos estando presente.

Vivimos en Guadalajara, mi ciudad natal, lejos de mi familia. Mis hijos ya tienen 11, nueve y cinco años; son niños felices que aman a su papá tanto como a mí. No sé si lo estoy haciendo bien o lo puedo hacer mejor, sólo sé que soy una mujer que, como millones en mi país, que está a cargo de la economía de su familia, de la crianza de sus hijos, de su formación consciente; a cargo de mí misma y de mis sueños, y que si vivo todo esto, no es obra de la casualidad, del destino, ni de mi buena o mala suerte, es causa de lo que he creído y aprendido, pero también de la esencia que llevo dentro y que, en su conjunto, me ha impulsado a tomar decisiones, y ahora retomando la claridad de mi consciencia respecto que soy un ser de luz, hija de la divinidad, libre, feliz y poderosa, quisiera que cada hombre y mujer, pueda contar su propia historia tocando su esencia y poder de crear, construirse y reconstruirse, se mueva por la fuerza más poderosa que existe en el universo, el amor, empezando por el propio, y derroque a ese gran enemigo que lleva vidas a la infelicidad: el miedo, contenido en creencias colectivas equivocadas, limitantes, a las que hemos sido fieles muchas veces sin cuestionar, otras reconociendo sus daños, pero sin poder enfrentarlas.

Es tiempo de que abras los ojos de tu ser interior y descubras tu poder, reafirmes el contrato con el que naciste para ti y para el mundo; ¡despierta, hijo de Adán, despierta!

Es tiempo de que abras los ojos de tu ser interior y descubras tu poder, reafirmes el contrato con el que naciste para ti y para el mundo; ¡despierta, hijo de Adán, despierta! De nuestro Padre tenemos el poder creador, el de la palabra y el de sanación, pero sobre todo el de un inmenso amor que, si mueve montañas, también puede cambiar nuestras circunstancias adversas por total y plena felicidad y abundancia.

Todo lo que digo es cierto, es un pedacito de verdad que me ha sido compartido y que, por alguna razón divina, ha llegado a ti.

*Capítulo 1*

El despertar de Adán

Mi sonrisa se dibujaba al máximo y, al mismo tiempo, sentía que no podría contener la emoción. «Sincronicidad», lo mencionó y yo ya sabía de esto (coincidencias de sentido), hace tan poco que lo sé, pero lo intuí desde muy joven, por eso las películas que la re- presentan son las que me han enganchado por todos los tiempos, como *Serendipity* de John Cusack y Kate Beckinsale, que fue mi favorita por años, en la que los protagonistas marcaban un billete y un libro con sus números telefónicos y lo hacían circular, probando ser reunidos por una fuerza superior a ellos. Él dijo estar estudian- do temas de energía y espiritualidad desde que tenía 19 años, ¡por Dios! Siento que se me ha enviado la señal.

*La encrucijada*

Era el verano de 2017, estaba en una estación de tren en Italia; había tomado la decisión de hacer por fin el viaje que había anhelado desde mi adolescencia y para el que me preparé estudiando italiano. Curiosamente, no fue un viaje en la mejor circunstancia de mi vida, pues recién había perdido mi empleo; contaba con un capital que pareciera no renovable y cualquiera hubiera tomado la de- terminación de ser prudente y guardarlo hasta conseguir otra fuente de ingreso, pero lo mío es no pensar en los «no puedo» y sentir; así con la corazonada de que encontraría muchas de las respuestas que he estado pidiendo al universo; emprendí el viaje.

Por otra parte, el momento era propicio, mis hijos estaban en su ciudad natal, en vacaciones de mes y me- dio, cuidados por su padre, y yo, sin trabajo, no tenía responsabilidades que atender.

«No tenía trabajo», se escribe en tres palabras, pero era un tema complejo para mí, pues vivo sola con mis tres hijos y estoy a cargo de la economía y de su cuidado. Llevaba dos años de haberme divorciado y dejado la ciudad donde vive mi familia para sumarme a un proyecto laboral que veía como mi plan de carrera y de vida, había puesto mi confianza en mi ex socio, quien me había reencontrado para contratarme como gerente. Yo tenía compromisos de pago de gastos fijos (renta, financiamiento de automóvil, gasolina, comida, etcétera), mi ex esposo sólo me apoyaba con las colegiaturas, así que el tema no era fácil, y no veía como opción volver a casa de mis padres derrotada a pedir cobijo; así lo veía en ese tiempo y ni por lejos lo consideré. Mi primera opción al quedarme sin empleo fue independizarme y prestar mis servicios como abogada fiscalista y corporativa en despachos contables, pero si debía comenzar a buscar clientes y alianzas, no sería bajo esas circunstancias emocionales. Mi salida de la firma en la que años antes había sido socia fundadora, por la forma en que se dio, me había dejado bajo mucho des- concierto y, sumada a la ruptura de mi compromiso de matrimonio tras año y medio de noviazgo con la persona que consideré el hombre de mi vida, me indicaban que ese viaje era lo único que podía salvarme para no perder mi conexión con el entusiasmo por vivir.

«Bueno, hombre que me

correspondes por derecho divino, ya estoy aquí, ahora tú haz tu parte».

*Un ángel mensajero*

Durante todo el viaje observé a las personas y fui tímida para acercarme a conversar. Entre hombres y mujeres elegía a quién y luego me arrepentía, pensaba: «no es obligatorio que hagas amigos, ¡tranquila!» Y algunas veces vino a mi mente esta idea de película rosa romántica «bueno, hombre que me correspondes por derecho divino, ya estoy aquí, ahora tú haz tu parte». Pero mi mejor conclusión fue que no debía forzar ningún inicio de relación, y pasados los días y hecha a la idea de que tal vez no era ése mi momento ni el viaje, le dije a Dios: «Señor, si no es para mí la vida con un hombre a mi lado, con una familia unida y amorosa, lo acepto, está bien, ¡pero dame algo más!» Y entonces, estando en la estación del tren, camino a Rávena, mientras esperaba ya segura de que ése era el carril donde mi tren llegaría, un joven que estaba acompañado por una pareja de personas entre 50 y 60 años, se acercó a mí para preguntarme mi número de tren y asegurarse de estar en el carril correcto. Dicho sea de paso, ¡alivia mucho ver a otros turistas con el mismo sentido de incertidumbre! De manera espontánea empezamos a conversar, recuerdo que en inglés nos preguntamos acerca de nuestro idioma de origen y de nuestro trayecto en Italia, pues él es brasileño.

Me comentó que le impresiona cómo el arte refleja a un Cristo en sufrimiento y también en algunas obras y hasta en el cine moderno se plasma el odio a ciertas naciones en el mundo.

Para cuando llegó el tren, teníamos una conversación que no queríamos acabar; nos subimos y con timidez les pregunté si podía viajar con ellos; me refería a compartir los asientos. Los tres con mucha amabilidad mostraron agrado por ese hecho; así que me senté a un lado de César, de quien conocía sólo su primer nombre, y continuamos la conversación. Las personas que lo acompañaban eran su madre y padrastro; ella había viajado a Italia en tres ocasiones y me comentó que Rávena es un lugar tranquilo –tal como yo lo buscaba– y con menos turismo que Roma y Florencia.

Cuando les platiqué que quería ser escritora, y que justo buscaba un lugar donde conectarme e iniciar, César, ese joven a quien calculé tener 23 años, me dijo que estaba por publicar un libro. Nuestra conversación volvió a excluir a sus parientes y nos apasionamos con la charla de esta inquietud compartida por transmitir los pensamientos a los demás; estaba muy emocionada por conocer a alguien que, igual que yo, no es escritor de carrera, pero siente el llamado. ¡Hablamos de tanto en tan poco tiempo!

Le platiqué de mi propósito no encontrado hasta ese momento en Italia, le hablé de cuánto había tratado de dirigirme con responsabilidad, de la enorme influencia de mi generación, a la que llaman ‘X’, por prepararte para subsistir y de una mejor manera que la de nuestros padres y abuelos, de cómo elegí mi carrera pensando en un futuro económicamente sólido y no en dedicarme a lo que me apasiona; y aunque me apasioné con lo que aprendí de Derecho, sentía que había una artista muriendo en mí.

«Hace tanto que no dibujo ni pinto, hace tan poco que volví a escribir»: estaba expresándole a César, -ese joven de sonrisa afable, de mirada clara y brillante-, la opresión de mi alma sin usar esa palabra; sé que lo en- tendió muy bien.

Me habló de la glándula pineal, del ojo de Horus, de los cuatro cuerpos del ser: todo en muy poco tiempo; fue como un suspiro. También narró cómo vino a él la inspiración, el momento preciso y la circunstancia que lo rodeaba, *and then, everything flows* (y entonces, todo fluyó).

Le compartí mi creencia acerca de nuestro poder de crear circunstancias y elevarnos en esta vida a la frecuencia del cielo donde todo acontece en bien: «no es necesario esperar a morir, el cielo es aquí y el infierno también».

*“And then, everything flows”*

(y entonces, todo fluyó).

 Le hablé acerca de la reciente información que obtuve respecto de la ley del karma, en la que toda causa tiene un efecto y de la que sólo escapas estando en la vibración del amor, donde todo fluye en armonía y bien, donde todo es dar y recibir.

Entonces, César me dijo: «¡comparte! Contribuye para que continúe el cambio de consciencia que está teniendo el mundo, la convergencia de la ciencia con la espiritualidad va a cambiar la forma en la que vemos las cosas y cómo vamos a sostener a las siguientes gene- raciones. La ciencia lo está aceptando, la espiritualidad es energía que no podemos ignorar».

Mientras él hablaba de esto, yo relacionaba cómo Dios había puesto en mi camino este tema, cuando semanas atrás había sido invitada a participar en una se- mana espiritual que organizan diversos movimientos internacionales que se llevaría a cabo a mi regreso; pensaba en mis niños y hasta sentí acelerarse mi pulso, ¡cuánto les he enseñado de lo mismo que aprendí!

«No es necesario esperar a

morir, el cielo es aquí y el infierno también»

Me entró una enorme prisa por cambiar la educación y visión que les estoy dando, de la cual esencial- mente rescataría la unión y el respeto. Sentí deseos de volver a casa con la buenas nuevas y cambiar mi manera de enseñarles el mundo, de romper con los esquemas limitantes y el sistema que me llevó a estar dormida por tanto tiempo de mi vida, encajando en el «deber ser», empeñada en una estabilidad económica, por tener un comportamiento aceptable y ¡cielos!, a mi edad con de- sazón por no encontrar un amor, por no estar acompañada por un sistema de familia que fue lo que vi y aprendí, queriendo siempre ser aceptada por el mundo en el que vivo, por la sociedad. Y así muchos, aunque lo neguemos,

Nuestras importancias como

humanos son *la búsqueda del propósito, la expresión del ser y el amor.*

hemos vivido buena parte de nuestra vida, esperando aceptación, creyendo en una realidad que no existe, sin cuestionarla, con fe en lo bueno y lo malo, en lo moral e inmoral, en la religiosidad o en el ateísmo, en la vida y la muerte, en la salud y la enfermedad, en el cielo y el infierno, en el tiempo y, lo peor, en la culpa, la vergüenza y el miedo.

Le comenté a César mi pensar casi conclusivo: hay muchas historias en todos los lugares y en todos los tiempos, culturas, circunstancias; pero son tan pocas en resumen y tan similares las cosas que a los humanos nos importan, si no es que las mismas, las cuales trascienden fronteras e idiomas, y él coincidió conmigo: nuestras importancias como humanos son *la búsqueda del propósito, la expresión del ser y el amor.*

Los ojos de mi ahora nuevo amigo eran de luz y brillo. Resultó tener 28 años, muy joven, y llamarse César Augusto. «Qué ser tan hermoso», pensé. «Refleja en su vida estar tocando esas tres cosas importantes». Enseguida me asaltó el pensamiento: «bienaventurada de mí si logro crear esa luz en mis hijos, recuperarla por los daños ya causados y mantenerla; hacer la diferencia en sus vi- das... Padre, enséñame más, dame inspiración, muéstrame el propósito, dime cómo guiarlos».

El tiempo que pasó, hora y media tal vez, parecieron ser siete minutos; de pronto César dijo: «Aquí es *Bologna centrale*». ¿Qué? El tren aguarda unos pocos minutos y se vuelve a poner en marcha, «¡debo bajar- me!», exclamé; tomé a prisa mis maletas, apenas me despedí de los tres con la mano y a César le dije: «¡mádame mensaje!»; bajé corriendo.

Él había tomado mis datos, pero yo de él no tenía nada. Fui corriendo a tomar el siguiente tren de conexión para llegar a Rávena y, una vez que mi «acelere» ya no era necesario, me calmé un poco, tomé mi teclado y comencé a escribir lo sucedido, emocionada, con mi inspiración al tope, agradecida con Dios por haberme enviado el mensaje que le había estado pidiendo; ahora veía más que un mensaje, fue como encender una vela: ¿qué haces con otra encendida? Pues reavivar el fuego: sí reavivar ese fuego interior que, si no estalla, quema por dentro ímpetus, pasiones, anhelos, hasta que deja el alma en ruinas, porque el fuego es para iluminar, no para sofocarlo.

«Padre, permite que vuelva a contactar con él, siento que hay más por aprender». César dijo que nuestras energías se atrajeron por una razón y así lo creo, así que siete minutos dimensionales de comunicación no creo que sean todo; aunque ya tenía la mejor parte. Volver a verlo no fue un deseo de ésos del amor romántico encontrado, para mí fue el encuentro de un ángel mensajero, un joven de esta nueva generación que despierta, que me recordó todo de mí en un instante; mis deseos de ser escritora, pintora, la mejor madre; es como si hubiera estado en una sesión de oración y el espíritu de Dios haya reavivado en mi alma libre y antigua el fuego de su amor que es entusiasmo. Nuevamente recordé lo que César dijo: «comparte acerca de lo que piensas sobre el cielo en la propia tierra». No es teoría mía; para mi sorpresa, así lo había dicho mi niño de entonces nueve años: «mamá, el cielo y el infierno no son un lugar, sólo son una forma de sentirse».

«Mamá, el cielo y el infierno no son un lugar, sólo son una forma de sentirse».

Lo aprendí y leí en los libros de Florence Scovel Shinn, quien hace citas bíblicas irrefutables y, finalmente, es lo que creo que es el mensaje de Cristo en la interpretación que ha hecho más sentido a mi alma en este transcurrir de vida.

Permite, Dios, que siga fluyendo esta energía sobre mí, y dame enfoque en el instante -que si no *cachas* se esfuma-, el instante de la inspiración, de la enseñanza, del camino, y dame sabiduría para dejar que siga su curso, que sepa verdaderamente soltar y dejar ser todo lo que deba ser en tus manos. Llévame Señor a donde deba ir, y permíteme compartir sin pretensión, sin nada, sólo como un instrumento de ti.

*¡Despierta Adán!*

Las señales deben estar en todas las generaciones para que empujen al cambio de consciencia y alcancen un mundo aquí más cercano al cielo y un poco más alejado de la ley del karma que nos tiene dormidos; sueño en el que olvidamos que somos materia de Dios, con su mismo poder. No es un castigo como nos dijeron, pues Dios no castiga, ¡ama! Fue una trampa, Dios no nos privó de nada, la supuesta serpiente nos hizo creer que Él nos despojó de todo y nos puso a sufrir por nuestra desobediencia, ¡pero no! El sueño inició con la mordida, como cuando Blanca Nieves (la consciencia) se quedó dormida; sueño creado quizá por un humano sentimiento de culpa e inseguridad de compararse con el Padre, y en ese sueño hubo error, enfermedad, carencia, esfuerzo, sufrimiento por la desconexión divina, deseo desmesurado por cubrir necesidades que antes el Padre cubría en abundancia, y se creó la idea de un ciclo inacabable y vano que nos implica nacer, crecer, desarrollarnos, sobrevivir, en algunos casos reproducirse y morir.

La realidad sólo es una idea subjetiva aceptada por generaciones como un mapa mental, nuestra *Matrix*.

Ahora lo veo: la realidad sólo es una idea subjetiva aceptada por generaciones como un mapa mental, nuestra *Matrix.* ¡Despierta, Adán del mundo, despierta! Yo soy tu Padre y te sigo amando, te mandé a mi hijo Jesús para que despiertes; aquí sigo, a un lado de ti, en una dimensión cercana, cuidándote y esperando siempre por ti, por recibir la vibración de tus anhelos y apoyarte con la vida a hacerlos realidad. Ya no duermas más, despierta a tu cielo que nunca se ha ido, pronuncia palabras, crea la realidad que mereces, confía en mí y en ti; más que pedir, créalo, créelo y agradece, con la seguridad de que ya está hecho para ti.

Despierta Adán, redime a tu Eva; agradece hombre, cuida tu tierra y las semillas que en ella siembras, vuelve tu mirada para ver que eres Dios como lo soy yo, porque eres *a mi imagen y semejanza,* vuelve a entender que somos uno y como uno permaneceremos por los siglos de los siglos; yo sigo aquí esperando tu despertar, rompe el ciclo, trasciende, aquí no enfermas, envejeces ni mueres; fíjate en Cristo, todo lo que hizo y dijo son las llaves del despertar; por eso, Adán, cree, agradece y, sobre todo…¡ama!

Estoy segura de que Dios ya comenzó a darme ese «algo más» que le pedí y, cuando agradezco, recuerdo que *sólo Él tiene la sabiduría del tiempo en el que el universo trae todo lo anhelado.*

*Algo para compartir*

 Nada de lo que escribo aquí es nuevo, sería poco agradecido no difundir las fuentes de donde he obtenido estas herramientas de vida; sencillamente, mi llamado es colaborar en su difusión. Porque esta visión de la vida se tiene que compartir; quien obtiene este conocimiento, no tiene más que reconocer que fue bendecido por personas que no han sido codiciosas y han compartido el mensaje con un honesto propósito, que es el de beneficiar a los demás con el regalo que ellos han recibido; así que, en resumen, escribo por agradecimiento y correspondencia. En mi sentir, cada herramienta que recibimos es un conocimiento que estaba inmerso en nosotros y que olvidamos cuando no hay quién nos los reafirme, pero al ser conscientes de ello, la búsqueda se vuelve un retorno al origen, a la verdad, a la naturaleza divina que somos.